

Trabajo digno, ergo... seguro y saludable

En memoria de Manuel Amor de Deus, sindicalista, comunista y trabajador de Bazán (Navantia) asesinado -como tantos otros- con amianto tras una vida plena de lucha; Isabel Miró y las hermanas Giovanna y Soraya González trabajadoras de Ardystil que murieron como varios de sus compañeros de fibrosis pulmonar al inhalar los productos para estampación, sin tiempo en sus cortas vidas ni siquiera de luchar; Khalid el Hamaoui y sus dos compatriotas asfixiados en la zanja de la obra donde luchaban contra la miseria; y de tantas y tantos compañeros desconocidos que enferman y caen en las trincheras del trabajo. Acabar con ese sufrimiento es un motivo más para nuestro combate anticapitalista.

El capitalismo nos desposee de nuestra condición humana -somos reducidos a la de mercancía- y su sistema sanitario y preventivo -diseñado para disponer de una mano de obra en ciertas condiciones de rendimiento- nos cosifica, escinde y trocea al evaluar nuestra salud. Según la ley, la organización de la prevención en la empresa capitalista es una responsabilidad que recae en el empresario. Debería formar parte del núcleo duro de su gestión. Por tanto la salud y seguridad laboral de las y los trabajadores es en primer lugar una obligación legal empresarial. Su reiterado olvido, incumplimiento y dejación supone una de las más importantes agresiones que pueden hacer los patronos contra sus empleados. El trabajo se ha convertido en origen de sufrimientos y moridero de gentes y ello es inaceptable ética, social y políticamente.

¿Y los gobernantes? ¡Ah! sí, los gobernantes. Ahí están con sus discursos de competitividad y productividad, intentando conciliarlos con solemnes declaraciones contra la siniestralidad y maniobrando para que no rompamos la cuerda. Démosles el beneficio de la duda, quizás esperen que la patronal encuentre milagrosamente su particular “camino de Damasco”, cambie su conciencia y poco a poco adopte medidas. Mientras tanto las tragedias, las de nuestra gente, siguen su curso.

El movimiento obrero lleva casi dos siglos de lucha por la seguridad y la salud en el trabajo. El camino fue zigzagueante, con pasajes de rebeldía y con pantanos de conformismo. Hubo revueltas y conquistas, huelgas y derechos. Ideológicamente durante años imperó un cierto fatalismo que aceptaba con ira -pero aceptaba- la tragedia y la enfermedad como “desgracias” consustanciales del trabajo. La concepción judeo-cristiana del sufrimiento en el trabajo alimentó la resignación, tan funcional para el capital. Más tarde el movimiento sindical puso precio a los males. El riesgo tenía una contrapartida monetaria en la negociación colectiva. Hoy van desapareciendo estos reaccionarios atisbos. En los países industrializados se abre paso lentamente la idea: “no cambio salud por dinero”. El capital a la par exporta los riesgos y la desgracia se ceba en los países pobres o empobrecidos y en los de rápida industrialización forzosa donde ni precio le ponen al riesgo y el trabajo está matando y enfermando a millones de seres humanos.

Un problema mundial de enormes dimensiones. La tragedia de la siniestralidad tiene algún eco en los medios de comunicación, si bien por debajo de su importancia. Sin embargo, la producida por las enfermedades que alcanza cifras mucho mayores de mortalidad es silenciada. La clase trabajadora mundial viene pagando un alto precio en salud y en vidas en aras de la ganancia privada capitalista y colonial. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) las muertes anuales mundiales por accidentes y enfermedades relacionadas con el trabajo superan la cifra de 2.200.000 y las personas que sufren enfermedades de origen laboral alcanza la cantidad de 180.000.000. La vida y el sufrimiento son inconmensurables, la producción no realizada, los salarios no percibidos y el coste sanitario sí pueden tasarse. Ello supone un coste social equivalente al 4% del PIB mundial.

La Agencia Europea de Seguridad y Salud cuantifica las muertes al año por enfermedades laborales en 142.000 y las de accidente de trabajo en 8.900 en el ámbito de la Unión Europea (UE). El 30% de muertes laborales se producen por exposición a sustancias químicas tóxicas o peligrosas. El amianto es responsable de 21.000 muertes. Según la Fundación Dublín, los problemas de salud de los trabajadores y trabajadoras de la UE causados o agravados por las condiciones laborales actuales o anteriores -sin contar los derivados de accidentes de trabajo- suponen una pérdida de 350 millones de jornadas laborales al año.

El objetivo de este *Plural* es ofrecer un panorama de la cuestión a un público de izquierdas interesado pero no experto y en muchos casos con escasa experiencia sindical en materia preventiva. Hemos seleccionado algunos riesgos o aspectos para desarrollarlos en artículos específicos. El escrito de **Manuel Garí**, que ha coordinado este *Plural*, tiene como objetivo ofrecer una mirada de conjunto sobre las cuestiones no tratadas en el resto de escritos, particularmente el riesgo químico que por su extensión en la actividad productiva y consuntiva y por su incidencia en la salud humana resulta muy importante, a la que vez que intenta situar el papel de la prevención en el sindicalismo del siglo XXI. El trabajo del economista crítico **Albert Recio** sitúa la siniestralidad -y por extensión el conjunto de riesgos laborales- en el marco de relaciones laborales que establece el capitalismo en su versión neoliberal, soporte del actual modelo de globalización. La socióloga **Clara Llorens** y el médico **Salvador Moncada**, desde su importante bagaje en investigación aplicada al servicio del movimiento obrero, diseccionan los efectos de la organización del trabajo en la salud y analizan los riesgos psicosociales presentes en todos los sectores de la actividad laboral. Dos escritos abordan la incidencia específica de los riesgos en los sujetos y colectivos laborales más frágiles. La dimensión de género de la salud laboral la trata la médica feminista y sindicalista **Neus Moreno**. Los problemas de la emigración los plantean algunos de sus protagonistas en un debate organizado y transcrito por el coordinador de este *Plural*. Sus nombres, países y profesiones actuales se relacionan en la introducción al coloquio como autores del escrito. *M. G.*